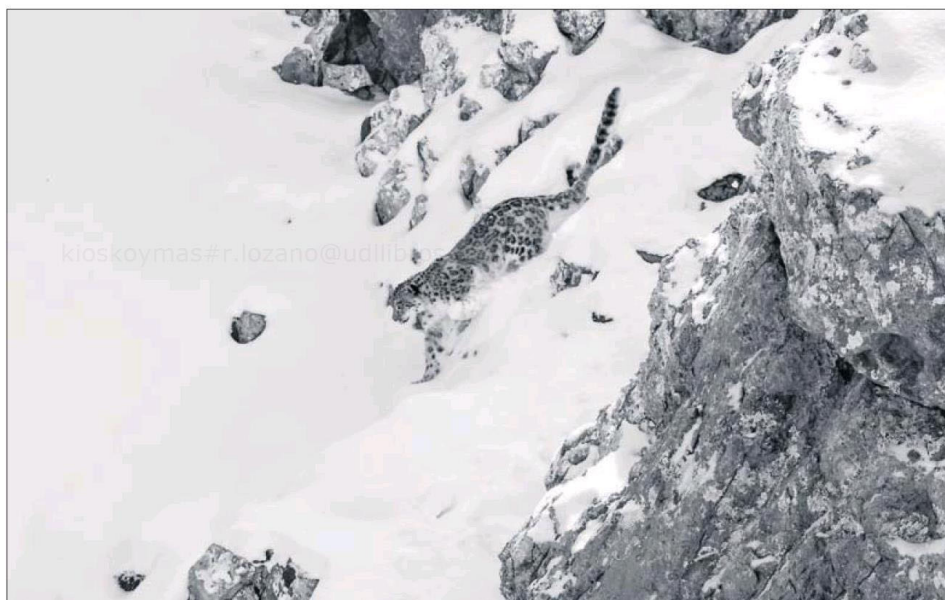


CULTURA



Leopardo de las nieves retratado en el Tíbet. / VINCENT MUNIER

Varios libros sobre el felino, habitante de las montañas del Asia Central, abonan el mito servido por Peter Matthiessen

El enigma del leopardo de las nieves revive

JACINTO ANTÓN, **Barcelona**
En 1978 se publicó un libro que estaba destinado a convertirse en un clásico y a hacer entrar por la puerta grande en la literatura a un felino hasta entonces casi desconocido. *El leopardo de las nieves*, de Peter Matthiessen (Siruela), bellísima crónica de un viaje extremo al corazón más remoto y frío de Asia, significó el ingreso de ese animal misterioso, descubierta no una sino dos veces (1778 y 1864), en el imaginario de occidente. Curiosamente, Matthiessen (Nueva York, 1927-2014) que viajaba en 1973 al Dolpo, en Nepal, como invitado del zoólogo George B. Schaller (GS), su amigo, no llegó a ver al esquivo leopardo, espíritu de las nieves, sino apenas sus huellas y excrementos (Schaller, sí), y su ausencia llena como un agujero de luz blanca un relato marcado por el interés del autor hacia el budismo zen y por el dolor de la reciente muerte de su esposa.

Han pasado los años, el leopardo de las nieves o irbis es más conocido —aunque aún es el que menos de los ocho grandes felinos—, se le dedican documentales y se ha convertido incluso en una atracción turística de las zonas que habita (no es raro hoy conocer a alguien que ha podido observarlo en su hábitat en un viaje organizado), desatando un debate al respecto. Y ahora llegan

un puñado de nuevos libros que confirman el destino del extraño gato de denso manto gris humo y blanco con manchas y rosetas como gran sujeto literario. Obras en las que la nivea pantera —pantera y leopardo son sinónimos—, impregnada de la magia salvaje de sus parajes sublimes, sigue conservando un aura de encanto y fascinación casi preternaturales.

Se acaba de publicar *El leopardo de las nieves o la promesa de lo invisible* (Errata Naturae), de Vincent Munier, uno de los más reconocidos fotógrafos de naturaleza, que recoge, junto a una colección de extraordinarias fotos en blanco y negro, los diarios de sus seis expediciones, de 2011 a 2018, para observar al felino en el Tíbet, en zona de yaks, lobos, carneros azules, *tsampa*, mucho mal de altura y quién sabe si hasta yetis. En la última lo acompañó el escritor y viajero Sylvain Tesson (autor del epílogo), que, en uno de esos felices cruces que a veces se producen en la literatura, hizo su propio relato de la aventura, *La panthère des neiges* (Gallimard, 2019; lo publicará Taurus en 2021).

Los franceses Munier y Tesson, de personalidades muy distintas, componen un nuevo tandem naturalista-literario que hay que celebrar, como el de Matthiessen y el alemán Schaller. Este último, uno de los grandes naturalistas de nuestro tiempo y que se ha



Una joven pastora nómada de la tierra de la pantera. / V. M.

ocupado en diversos libros del leopardo de las nieves —*Tibet Wild* (Island Press, 2012), *Stones of Silence* (Viking, 1980) o *Un naturalista y otras bestias* (Altaír, 2007)— vuelve a hacerlo, y a recordarlo a Matthiessen, en el reciente *Into Wild Mongolia* (Yale, 2020), en el que explica su estudio intensivo del felino de ojos de escarcha.

El leopardo de las nieves o la promesa de lo invisible es, por su parte, el diario de Munier de los pacientes y largos aguardos fotográficos a más de 20 grados bajo cero en un valle perdido en el norte de la meseta tibetana. Munier

describe los avistamientos del mítico felino como verdaderas apariciones. “Fue muy emocionante recorrer el territorio de la pantera, saber que quizá me observaba”, explica a este diario. “Por supuesto, encontrarla con los prismáticos, tras haber examinado la cresta de una montaña durante horas y sentir cómo su corazón late en su pecho, es aún más fuerte”. Munier destaca el momento de extraordinaria interacción en que el leopardo cargó contra él al no distinguirlo en las sombras para retirarse al descubrir que era un ser humano (solo se conocen dos ataques de pantera de las nieves a personas, el gran felino menos peligroso).

Impulso poético

El fotógrafo naturalista reconoce su estima por el libro de Matthiessen, aunque, dice, no comulga con tanto *om mani padme hum*. “Quizá su dimensión espiritual era demasiado inaccesible”. Admite el paralelo entre los cuatro autores. “Schaller y yo tenemos esa determinación y esa implacabilidad sobre el terreno, esa sed de estar en los grandes espacios... Pero mi impulso es seguramente más poético que científico”.

En las fotos y textos de Munier, el paisaje geológico y los pocos seres humanos con los que se encontró son tan importantes como el leopardo. “En la zona las personas son raras. Los nómadas marcan fuertemente el paisaje, en el que viven desde hace milenios; la pantera también. La presencia de un gran depredador, un gran felino como este, tiene algo de mágico: hace los lugares más misteriosos. Aparece y desaparece en una bruma hechizadora, sobre la nieve, como un fantasma”. Unos versos del poeta chino Jidi Majia, de *Leopardo de nieve*, que Munier cita al inicio de su libro, sintetizan el secular misterio de la pantera: “Yo soy el verdadero hijo de las montañas nevadas / el vigilante solitario que atraviesa tiempo y espacios / agazapado entre las olas de dura roca, / custodio de este lugar”. El tigre de Blake estaría celoso.

Central como el leopardo en el corazón del libro está la paradoja de que el encuentro con el felino pone en peligro al animal. “Encontrar, fotografiar, pero sobre todo compartir las imágenes de una especie rara como esta, te hace cuestionarte. Sobre el terreno hago lo posible por no perturbar al animal. Pero una vez de vuelta, mostrando mis imágenes provoqué que otras personas quisieran ir a su vez a la búsqueda del leopardo”.

En cuanto al libro de Tesson, es una delicia. Lleno de intensidad, aventura, poesía y un sutil humor. El escritor, que vio hasta en cuatro ocasiones al elusivo leopardo, eso sí, viviendo verdaderas oraldas de naturalismo helado, se emborracha de las metáforas que le sugiere la encumbrada pantera, que es en distintos pasajes un viejo amor, su madre, la nada y el todo. “He visto la pantera, he robado el fuego”, señala, y dice que el animal le parece hecho “de las sombras de las gargantas y del cristal del cielo, de la nieve eterna, de nubes de plata y el oro de las estepas, del sudario de los hielos, la sangre de las gamuzas y la agonía de los muflones”.

Munier: “Aparece y desaparece en la bruma como un fantasma”

Sylvain Tesson escribe: “He visto la pantera, he robado el fuego”